

Crezcamos en la Palabra (1/4)

Dr. Justo L. González



Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en Puerto Rico
2020

Crezcamos en la Palabra (1 de 4)

Crezcamos en la Palabra. Crezcamos en el amor. Crezcamos en el servicio. El tema del crecimiento se encuentra al centro mismo de lo que nos interesa en esta convención. Por eso quisiera empezar estas presentaciones con algunas referencias bíblicas sobre el crecimiento mismo. Me refiero particularmente a tres breves pasajes o frases en las epístolas paulinas. En primer lugar, en 1 Corintios 3.6 Pablo dice: “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios quien da el *crecimiento*”. En Efesios 4.16, tras referirse a la multiplicidad de dones que Dios le da a su pueblo, el autor sagrado dice que somos un cuerpo cuya cabeza es Cristo y que “bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su *crecimiento* para ir edificándose en amor”. Y algo parecido se nos dice en Colosenses 2. Según este pasaje, Cristo es nuestra cabeza, “en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, *crece con el crecimiento* que da Dios”.

Todo esto nos lleva a dos consideraciones preliminares antes de entrar de lleno al tema que nos ocupa. La primera de ellas, que debería ser obvia, es que por mucho que nos esforcemos el verdadero crecimiento no será jamás obra nuestra, sino de Dios. Ciertamente, como bien señala el pasaje de Primera de Corintios, tenemos una parte en el proceso. Pablo plantó, y Apolos regó; pero es Dios quien dio el crecimiento. Nos toca plantar, nos toca regar, pero en fin de cuentas el verdadero crecimiento es obra de Dios. Como bien dijo el Señor Jesús, ninguno de nosotros

puede, por mucho que nos esforcemos o nos preocupemos, añadir a nuestra estatura un codo.

La segunda consideración es el carácter colectivo de este crecimiento. Cuando hablamos de crecer, frecuentemente nos referimos a nuestro propio crecimiento como individuos. Decir que un niño está creciendo es decir que personalmente está aumentando en estatura. Y frecuentemente medimos su crecimiento con una serie de marcas y fechas en alguna pared o en el marco de alguna puerta. Cuando hablamos de crecer en la vida cristiana, lo que de inmediato nos viene a la mente es un crecimiento semejante al de aquel niño. Es mi crecimiento o tu crecimiento, y se mide en términos del modo en que yo progrese o tú progresses en la vida cristiana; pero no hablamos tanto de *nuestro* crecimiento – de nuestro crecimiento en conjunto, como un solo cuerpo que somos. Esto se debe en buena parte al ambiente individualista de la sociedad occidental moderna y posmoderna, que nos lleva a pensar que lo importante es lo que le sucede al individuo, y no tanto lo que le sucede al grupo; lo que hace el individuo, y no tanto lo que el grupo hace. Pero en los pasajes que hemos leído de Efesios y de Colosenses no se nos habla de un crecimiento individual, sino más bien del crecimiento de todo el cuerpo. No es que cada miembro crezca por su propia cuenta, sino que es más bien el hecho de que cada miembro crece por obra de Dios con el propósito del crecimiento del cuerpo entero. Es el cuerpo entero, este cuerpo cuya cabeza es Cristo, el que según el pasaje de Colosenses “nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios”.

Y lo mismo dice Efesios. El contexto de las palabras ya citadas, acerca de la edificación en amor “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”, es digno de estudio cuidadoso. Ya hemos señalado que cuando hablamos de “crecimiento” en la vida cristiana nos referimos ante todo a una obra que Dios hace en favor nuestro, y a una obra cuyo propósito no se centra en el individuo, sino en ese cuerpo de Cristo, en este pueblo de Dios, en esa comunidad que es la iglesia. Esto de llegar a crecer de tal manera que lleguemos “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” casi siempre se interpreta en el sentido de que cada uno de nosotros y cada una de nosotras ha de crecer hasta llegar a esa medida. Pero veamos el pasaje de nuevo, y notaremos que esas palabras se encuentran dentro de un contexto en el que se está subrayando la multitud de dones que Cristo le ha dado a la iglesia después de su resurrección y ascensión. Esos dones han sido dados con un propósito: “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”. Allí el propósito del perfeccionamiento de los santos no es su propia santidad, sino más bien la obra del ministerio y la edificación del cuerpo de Cristo. Es en el contexto de ese cuerpo que se habla para que lleguemos a esa perfección a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Pero hay aquí una palabra que merece un estudio particular. Me refiero a la palabra “todos” en el versículo 13, donde la RVR dice “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del hijo de Dios”. En nuestra lengua, “todos” puede querer decir una de dos cosas: En primer lugar, si decimos que queremos que “todos tengan comida”, estamos diciendo que deseamos que cada persona individualmente tenga qué comer. Pero, en segundo lugar, si decimos que “todos formamos un solo equipo de béisbol”, no estamos diciendo únicamente que cada uno es

jugador de béisbol, sino que todos en conjunto formamos un equipo. Lo que esto quiere decir es que es posible que cada uno sea pelotero, y que sin embargo no sean parte del mismo equipo. Lo que es más, si los nueve jugadores a que nos referimos todos juegan primera base, no hay equipo, sino más bien un número de personas en competencia mutua. Cuando tal sucede, el equipo mismo sufre, y no puede jugar como es debido. En otras palabras, “todos” puede querer decir “cada uno”; pero también puede querer decir “todos juntamente”, y eso tiene consecuencias prácticas de enorme importancia. Pues bien, lo que se dice en el texto original griego ha de entenderse en este segundo sentido. El pasaje no nos está diciendo que cada uno debe crecer hasta llegar a la medida de la plenitud de la estatura de Cristo, sino que todos hemos de crecer juntamente para que todos juntamente vengamos a ser como un ser humano que alcanza la medida de la estatura de Cristo. El pasaje mismo lo reafirma de varias maneras. Ya me he referido al hecho de que los dones que Cristo da han sido dados para la edificación de su cuerpo. El versículo mismo en que aparece la palabra “todos” dice claramente que el crecimiento a que se refiere no es solamente “el conocimiento del Hijo de Dios”, sino que es también “la unidad de la fe”. La imagen misma de un cuerpo que crece debería advertirnos contra el error de pensar que el crecimiento es cuestión que le corresponde a cada creyente individual. El crecimiento saludable de un cuerpo cualquiera requiere de un crecimiento paralelo y conjunto de todos sus miembros. Si solamente las manos crecen, y no los pies; o si crece únicamente la nariz, pero no la boca; o si un pie crece y el otro no, el crecimiento de ese cuerpo no es completamente saludable. Algo semejante sucede cuando pensamos que el crecimiento espiritual de la iglesia es esencialmente el crecimiento de cada uno de sus

miembros por separado. Dentro de tal perspectiva, me atrevo a decir que un crecimiento espiritual en el que unos pocos de los miembros de la iglesia crecen y todos los demás quedan rezagados, como frecuentemente sucede, es tan saludable y recomendable como el crecimiento de un cuerpo en el que las manos crecen, pero los pies no.

Además, el crecimiento de un cuerpo tiene un fin que va más allá de sí mismo. Es importante que el cuerpo de un niño o de una niña crezca, no solamente para que sea grande, sino también y sobre todo para que sea capaz de ocupar su lugar en la sociedad y cumplir con su vocación. Hay quien se ocupa tanto de su propio cuerpo, de hacer ejercicios y de estar en buena forma, que no le presta atención alguna a lo que debe hacer con ese cuerpo. El crecimiento del cuerpo mismo se vuelve su propio propósito. Tal cosa no es verdadero crecimiento. De igual manera, el crecer en la Palabra solamente para conocerla no es verdadero crecimiento en la Palabra, ni es tampoco fiel a esa misma Palabra.

Por último, para cerrar esta breve introducción al tema del crecimiento cristiano, notemos una vez más que el pasaje acerca de este crecimiento con el propósito del ministerio o del servicio se cierra con palabras claras: “siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Ef 4.15-16). Y aquí la palabra “amor” es fundamental. Nótese que aun cuando se habla de unidad en la fe, esa unidad tiene lugar “en amor”. En este cuerpo a que

Efesios se refiere, y que es imagen que aparece repetidamente en el Nuevo Testamento, el amor es como la sangre que fluye por las venas de un cuerpo, uniendo a todos los miembros y dándoles vida a todos.

Pero, puesto que el crecimiento en el amor es el tema asignado para la próxima sesión, pasemos más detenidamente al primero de los temas que se nos han asignado para estos días: “Crezcamos en la Palabra”. Por esto entendemos ante todo crecer en el conocimiento de las Escrituras, y sobre todo crecer en el proceso de ponerlas por obra en nuestra propia vida – no solamente en la vida de cada uno de nosotros y nosotras, sino también y sobre todo en nuestra vida colectiva como cuerpo de Cristo. Pero antes de seguir adelante sobre ese tema conviene que nos detengamos por unos minutos a reflexionar acerca de todo lo que implica eso de hablar de la “Palabra de Dios”.

Hablar acerca de la Palabra de Dios es decir algo importante acerca de Dios mismo. Nuestro Dios es un Dios que habla. No es un Dios lejano, impenetrable, que se esconde tras su gloria y magnificencia. Al contrario, es un Dios que habla. Hablar es dirigirse hacia fuera. Es comunicarse con otros. Y eso es parte de lo que implicamos al referirnos a la Palabra de Dios.

Lo que es más, en el caso de Dios hablar es lo mismo que hacer. Ya me he referido a esto antes, en otra de estas convenciones, pero conviene repetirlo. En nuestra lengua tenemos el refrán que “del dicho al hecho hay un gran trecho”. Podemos decir una cosa y hacer otra. Podemos

prometer algo y no hacerlo. Pero lo que es cierto de nuestro hablar no lo es del habla de Dios. Cuando Dios habla, Dios hace. Esto se ve ya en los primeros capítulos del Génesis, donde Dios dice “sea” y fue. Luego, aunque la Palabra de Dios no es solamente comunicación, sino que es también acción. Esta diferencia entre el poder de la palabra humana y el de la Palabra de Dios se nota contrastando dos breves pasajes en el libro del profeta Isaías. En el primero de ellos, en el capítulo 36, se le dice al poderoso rey de Asiria que lo que dice acerca de la guerra “no son más que palabras vacías”. En cambio, en el mismo libro, en el capítulo 55, encontramos las bien conocidas palabras en las que Dios promete que, de igual manera que la lluvia cae sobre la tierra y lo fertiliza todo, “así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prospera en aquello para lo cual la envié” (Is 55.11). Estas palabras, tan frecuentemente citadas, dicen sin embargo mucho más de lo que podríamos pensar. Puesto que los humanos pensamos acerca de las palabras únicamente en términos de comunicación, lo que frecuentemente entendemos al leer esas líneas de Isaías es que cuando se predica o se leen las Escrituras esto tiene fuerza para convencer a las personas. Eso es verdad. Pero no es solamente a eso que se refiere el pasaje de Isaías. Cuando Dios dice que su Palabra no volverá a él vacía, sino que hará aquello para lo cual ha sido enviada, está afirmando el poder de esa Palabra, no solamente para comunicar, sino también para crear y para transformar.

En cierto modo, podemos decir que uno de los puntos en que podemos ver la imagen de Dios en el ser humano es precisamente en esto de que, como Dios, también nosotros y nosotras tenemos palabra. Como Dios, tenemos también la capacidad de expresarnos hacia fuera

mediante el habla. Lo que es más, nosotros también, como Dios, mediante las palabras tenemos cierto dominio sobre la realidad en torno nuestro. Esto es lo que aparece en el segundo capítulo del Génesis, donde se nos cuenta que Dios hizo primero al varón y entonces hizo varias criaturas que podrían servirle de compañía, y las trajo al varón para que les pusiera nombre. Lo interesante en ese capítulo es que la compañía idónea que se busca para el varón no puede venir de ninguna de esas criaturas que el varón nombra. Esto es así, porque el hecho mismo de nombrar es un modo de reclamar dominio y posesión de lo nombrado. Por eso, cuando por fin Dios le presenta al varón la mujer que ha creado de su costilla, el varón no le da nombre, sino que sencillamente la llama por lo que viene a ser una variante de su propio nombre. Es por esto que Casiodoro de Reina, hace ahora cuatro siglos y medio, se vio obligado a inventar una palabra que aparecía todavía en las biblias que yo leía de joven, donde el varón dice que esta que es hueso de los huesos y carne de la carne del varón será llamada “varona”.

Desafortunadamente, al traducirlo, como lo hacen las nuevas versiones, por “mujer”, se pierde buena parte de lo que el pasaje mismo quiere decir, que es que el varón no reclama poder y autoridad sobre la “varona”, sino que más bien la reconoce como su contraparte, igual a él, y por tanto capaz de ser verdaderamente su compañera idónea.

Naturalmente, la gran diferencia entre nuestra palabra y la Palabra de Dios está en que esta última tiene poder creador absoluto, mientras la nuestra, no. No tenemos el poder de decir, por ejemplo, “sea la luz”, y que esto resulte inmediatamente en la creación de la luz. Pero nuestra palabra sí tiene poder para cambiar la realidad, para darle forma y para organizarla. En

el caso mismo de la luz, ahora tenemos sistemas mediante los cuales podemos sencillamente decirle a una lámpara “enciéndete”, y se enciende. Pero esto no es lo mismo que decir “sea la luz”, puesto que la razón por la cual la lámpara se entiende es que ya tiene energía eléctrica, además de algún modo de escuchar nuestra palabra y encenderse. Pero en cierto modo sí es ejemplo de lo que acontece con nuestras palabras en otros contextos. Nuestras palabras no crean nueva realidad, pero sí le dan forma. Si, por ejemplo, a un niño se le dice repetidamente que es malo, es muy probable que a la postre resultará ser malo – no porque en realidad lo haya sido por su propia naturaleza, sino porque le hemos dado una forma perversa a la naturaleza de ese niño. Si ese mismo niño, en lugar de oír constantes palabras de condenación, oye palabras de amor y de estímulo, su vida será muy diferente.

Volviendo entonces a la Palabra de Dios, lo primero que tenemos que decir y que entender para poder crecer en ella es el punto esencial de que esa Palabra no es solamente un modo de comunicación, sino que es también fuerza creadora de nuevas realidades.

Si en el Génesis vimos ya el poder de la Palabra de Dios, esto se manifiesta también en las primeras líneas del Evangelio de Juan. Allí aparece un término que la mayoría de nuestras biblias traducen como “Verbo”. Más adelante volveremos sobre esto del “Verbo”, pero por lo pronto vale la pena señalar que el término griego que allí se emplea, *lógos*, quiere decir “palabra”. La costumbre de traducirlo como “Verbo” – que, como veremos más adelante, tiene ciertos valores – viene de la antigua traducción del Nuevo Testamento al latín, que decía

Verbum. Pero en latín “*verbum*” sencillamente quería decir “palabra” sin importar si se trataba de lo que hoy llamamos un verbo, o de un sustantivo, un adjetivo o un adverbio. Todavía hoy en español a veces usamos ese término, “verbo”, en ese sentido cuando decimos, por ejemplo, que “*libreta* es un verbo femenino, mientras *libro* es un verbo masculino.” Naturalmente, ni “*libreta*” ni “*libro*” son verbos en el sentido de representar una acción, sino que son verbos únicamente en el sentido de ser palabras.

Todo esto quiere decir que bien podemos leer esas primeras palabras de Juan refiriéndonos no solamente al Verbo, sino también a la Palabra. Leemos entonces: “En el principio era la Palabra, la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Esta estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de ella fueron hechas, y sin ella nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los humanos.” Y más adelante, en el versículo 14, bien podemos decir “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, llena de gracia y de verdad”.

Esto nos lleva de vuelta al poder creador de la Palabra de Dios. La Palabra a que Juan se refiere aquí no es el mero sonido, ni tampoco solamente un medio de comunicación. La Palabra de Dios es el poder creador de Dios. Una vez más, cuando Dios habla Dios hace. Y esto nos lleva de nuevo a esa traducción del “*logos*” a que nos referimos antes, y que es posiblemente la más frecuente en las biblias castellanas de hoy, donde se dice que “En el principio era el Verbo”. Lo que quiero decir con esto es que la Palabra de Dios no es una cosa estable y ya dada, y no es tampoco un poco de tinta en un papel. Aunque tal tinta nos revele la Palabra de Dios, esa

Palabra siempre es fuerza activa, creadora de nuevas realidades. Es acción, y por tanto bien se le traduce como “Verbo”. La Palabra de Dios es el Verbo de Dios, la acción de Dios. Es la Palabra que dijo “sea” y fue. Es la Palabra que hoy nos dice “sean”; y, porque esa Palabra lo ha dicho, ¡seremos!

Pero Juan dice más. Juan dice también que la Palabra que era desde el principio es Dios.

Tenemos que recordar esto al hablar acerca del crecimiento en la Palabra de Dios. Puesto que nuestro Señor Jesucristo es la Palabra o Verbo encarnado de Dios, al decir que buscamos crecer en la Palabra estamos diciendo que buscamos crecer en Jesucristo. Es por eso que Pablo habla de “estar en Cristo”. Y es por eso que cuando hablamos de crecer en la Palabra no nos estamos refiriendo en primera instancia a leer más la Biblia. Eso es importante, y sobre eso volveremos. Pero en realidad estamos hablando ante todo del crecimiento en Jesucristo.

Todo esto quiere decir que “crecer en la Palabra” no es única ni primeramente conocer la Biblia mejor. Es un proceso mediante el cual la misma Palabra que nos creó nos da forma por medio de su Espíritu Santo. Luego, en el sentido más amplio, crecer en la Palabra viene a ser lo mismo que el proceso de santificación al que Dios llama no solo a todo creyente, sino también y sobre todo a la iglesia en su totalidad. Lo que es más, aun cuando ciertamente hay un proceso de santificación individual, ese proceso solamente es real y productivo dentro del contexto de esta comunidad, cuerpo de Cristo cuya santificación es obra de la Palabra de Dios. Digámoslo tajantemente: no se puede ser santo ni Santa por cuenta propia. Juan Wesley lo dijo sin

ambages: según él, un santo solidario es una idea tan contradictoria como la de un santo adúltero. Si no se puede ser santo en medio del adulterio, tampoco se puede ser santo o santa en medio de la soledad. La santificación es obra de Dios para el crecimiento de este cuerpo de Cristo que es la iglesia, la comunión de los santos. Y si esa santificación es el poder de la Palabra sobre la iglesia, podemos confiar en que lo que Dios nos llama a ser, eso seremos. Volviendo al pasaje de Efesios, todo esto quiere decir que tenemos la promesa de que hemos de crecer juntamente – no olvidemos el “juntamente” – en amor de tal manera que lleguemos a ser como un ser humano perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Pasemos entonces al tema que de inmediato nos viene a la mente cuando se nos habla de “crecer en la Palabra”. Me refiero a crecer en esas Escrituras que el Verbo o Palabra de Dios nos ha dado para que sean palabra suya. Todo lo que he dicho hasta aquí, en el sentido de que la Palabra o Verbo de Dios no es otro que Jesucristo, no debe entenderse en desmedro de la autoridad de las Escrituras, sino todo lo contrario. Las Escrituras son Palabra de Dios porque en ellas escuchamos la misma Palabra, la misma voz, que en medio de la oscuridad primigenia dijo “Sea la luz”.

El poder de esa Palabra es tal que, de igual manera que aquel primer llamado suyo hizo nacer la luz, ahora su llamado a través de las Escrituras nos hace nacer de nuevo, crea una nueva humanidad. Aunque hoy hablamos mucho del “nuevo nacimiento” en términos individuales, como si fuera únicamente una experiencia personal de cada creyente, el nuevo nacimiento es

también venir a ser parte de una nueva humanidad. Usando imágenes paulinas, podemos decir que la vieja humanidad, cuya cabeza fue Adán, y que por tanto ha quedado cautiva y distorsionada por el pecado de Adán, viene a ser sustituida por una nueva humanidad cuya cabeza es Cristo, y que es liberada y santificada porque su Cabeza ha vencido al pecado y a la muerte. Ciertamente, el pecado no ha desaparecido del todo. En realidad, participamos al mismo tiempo tanto de la vieja humanidad como de la nueva, tanto del pecado de Adán como de la victoria de Cristo. La vieja humanidad a que Pablo se refiere no ha muerto completamente. Ha sido derrotada, sí. Pero todavía subsiste y se opone al nuevo nacimiento de la nueva humanidad.

Es por eso que resulta tan importante estudiar las Escrituras y meditar sobre ellas, como dice el salmista, “de día y de noche”. Y, repito, no solamente para mi crecimiento personal, no solamente para el crecimiento individual de ninguno de nosotros o de nosotras, sino para nuestro crecimiento en conjunto, como miembros de este cuerpo de Cristo a que nos ha llamado y en que nos ha injertado la misma Palabra que en el principio dijo “Sea”.

Todo esto nos lleva entonces a algunas consideraciones más específicas sobre lo que significa el tema para hoy, crecer en la Palabra – enfocándonos ahora en la Palabra escrita, las Escrituras en que escuchamos y nos topamos con la Palabra eterna de Dios.

El estudio bíblico siempre ha sido un elemento fundamental en la vida de la iglesia. Cuando se le ha descuidado, los errores y la corrupción se han multiplicado. Y la contraparte también es verdad: toda verdadera renovación de la iglesia ha surgido del estudio bíblico. Pero no basta con decir eso. De cierto tipo de estudio bíblico han surgido también doctrinas torcidas y prácticas trágicas. Fue estudiando la Biblia y leyendo en ella acerca de la importancia de Jerusalén que los cristianos medievales se entusiasmaron para emprender las cruzadas. Y luego emplearon la Biblia misma para justificar sus atrocidades. Basta con leer los sermones de San Bernardo llamando a las cruzadas para ver que están salpicados de referencias bíblicas. Y lo que es peor es que el mismo San Bernardo estaba convencido de que lo que hacía era seguir los mandatos bíblicos. Más tarde hubo quienes justificaron la esclavitud sobre la base de cierto tipo de estudio bíblico. Y hay hoy quienes justifican crueldades semejantes citando la Biblia.

Luego, cuando hablamos de “crecer en la Palabra”, necesitamos de ciertos parámetros para guiarnos en ese crecimiento. Sin lugar a dudas, el primero de esos parámetros es el amor. Sin el amor como medida fundamental, corremos el riesgo de caer en atrocidades semejantes a las de aquellos cruzados medievales y las de los traficantes de esclavos en tiempos más recientes. Así, por ejemplo, hay quien hoy justifica los abusos que se cometen contra la población árabe de Palestina con profecías acerca de la Tierra Santa o de la restauración del reino de David. Y de igual manera, y hasta mucho más cerca, hay quien justifica la explotación de la naturaleza y la destrucción del medio ambiente con citas bíblicas, y quien con otras citas bíblicas justifica la práctica de separar de sus familias a los niños que llegan a la frontera.

Frente a tales monstruosidades en el empleo de la Biblia, no hay defensa más poderosa que el amor como medida de nuestra obediencia al Dios de amor. El amor nos lleva – o al menos debería llevarnos – a condenar abusos contra personas tales como aquellos árabes palestinos o estos niños centroamericanos que se presentan a la frontera. Y también debería llevarnos a condenar los abusos contra esta naturaleza en que vivimos, que es don y prueba del amor de Dios.

Pero el amor nos lleva también más lejos. Si es verdad que el crecimiento en la Palabra que buscamos no es un crecimiento individual y privado, sino el de todo un cuerpo cuyos miembros somos, resulta claro que no puede haber tal clase de crecimiento sin amor. Recordemos las palabras de Efesios que nos hacen ver que el amor es lo que une a los diversos miembros del cuerpo de tal manera que cada cual pueda cumplir su función y todos juntos puedan crecer a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Y ese mismo amor tiene que aplicarse también dentro de la iglesia cuando nos dedicamos al estudio bíblico. Todos sabemos por experiencia propia que el estudio bíblico puede llevar a diferencias serias. Y lo que también sabemos por experiencia – pero deberíamos saber también que no es lo debido – es que esas diferencias nos llevan a rechazarnos los unos a los otros y a violentar el amor que debía unirnos. Todo esto quiere decir que para que haya un verdadero estudio bíblico serio y dentro del contexto del amor tenemos que estar dispuestos y dispuestas a que haya diferencias irresolubles, y a seguir amándonos unos a otros, amando

particularmente a esa persona con quien diferimos radicalmente. Pero, puesto que en otra sesión trataremos sobre el crecimiento en el amor, podemos pasar a otros temas.

Después del amor, el próximo parámetro que es importante para nuestro crecimiento en la Palabra es la lectura y estudio de la Biblia en conjunto. Gracias a la invención de la imprenta, al aumento en la alfabetización, a las sociedades bíblicas, y a muchos otros factores, hoy tenemos el lujo que no tuvieron nuestros antepasados en la fe de poder leer la Biblia a solas en nuestras recámaras o en algún lugar apartado para ese propósito. Eso es bueno y valioso. Pero si se hace en desmedro de la lectura pública y en común, algo importante se pierde.

Si repasamos toda la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, vemos que casi toda ella se escribió para ser leída en voz alta y en medio de la congregación del pueblo de Dios. Las principales excepciones son la epístola a Filemón, la tercera epístola de Juan, y posiblemente las cartas a Timoteo y Tito. Cuando Pablo les escribía a los corintios no les estaba escribiendo para que cada cual se sentara por su cuenta a leer lo que se le decía, sino para que todos lo escucharan en presencia unos de otros. Les estaba escribiendo con el propósito de que su carta fuera leída en voz alta delante de toda la congregación. Les estaba escribiendo esperando que la escucharan a una vez quienes decían ser de Pablo y quienes decían ser de Apolos. Bien podemos imaginar que la lectura y discusión de esa carta en el seno de la congregación de Corinto no sería cosa fácil. Pero para escuchar y entender a cabalidad lo que Pablo estaba diciendo era necesario que lo escucharan cada cual en presencia de todos los demás.

En términos prácticos, esto quiere decir que si vamos a crecer en la Palabra no podemos hacerlo únicamente por cuenta propia. No podemos hacerlo reuniéndonos solamente con quienes concuerdan con nuestras opiniones. Tenemos que escuchar y escudriñar la Palabra no solamente en privado, y no solamente con quienes concuerdan con nuestras opiniones e intereses, sino también en la congregación del pueblo de Dios. Naturalmente, la lectura privada de la Biblia tiene un lugar importante en la vida de fe. Y también tienen lugar importante ese tipo de estudio detallado que no podemos hacer sino en la quietud de una recámara o una oficina. Pero, repito, todo ese estudio se valida principalmente, no por lo que haga para mí, sino por el modo en que me relacione con el resto del pueblo de Dios y con toda la creación de Dios.

Y ese estudio bíblico será tanto más valioso cuanto más amplia sea nuestra visión de ese pueblo de Dios con quien leemos la Biblia. Naturalmente, en cierto sentido ese pueblo con quien leemos la Biblia es ante todo el conjunto de esas otras personas que se sientan en los escaños de cada una de nuestras iglesias, o que con nosotros participan de un grupo semanal de estudio bíblico, o que son parte de nuestra clase de escuela bíblica dominical. Eso es muy importante, pues la comunión cristiana tiene que experimentarse ante todo en los círculos más íntimos y más cercanos. No podemos decir que amamos a la humanidad si no amamos a quienes están en nuestro entorno inmediato. No podemos decir que respetamos las opiniones de otras personas si antes de hacerlo hemos limitado el círculo de esas otras personas a aquellas que concuerdan en todo con nuestras opiniones. Pero hay que ir más lejos. Si ampliamos la visión, y vemos que hay otras personas que son parte de este mismo pueblo de Dios que junto a nosotros lee la

misma Biblia, también se ampliará nuestra visión y nuestro entendimiento de la Biblia. En otras palabras, estaremos, como dice nuestro tema para esta sesión, creciendo en la Palabra.

Permítaseme dar unos ejemplos. En primer lugar, un ejemplo al nivel de la congregación local.

Hace algún tiempo estaba yo en una iglesia cuya congregación era mayormente de raza blanca y habla inglesa, pero en la que había también un fuerte número de inmigrantes que habían llegado al país como refugiados, la mayoría de ellos tras largas y difíciles peregrinaciones, y que ahora empezaban a ajustarse a sus nuevas condiciones arreglando sus papeles, aprendiendo el idioma del país, buscando cualquier trabajo que pudieran encontrar, etc. El texto bíblico para el sermón era el llamado de Abraham a dejar su tierra. El pastor predicó un sermón muy aplicable a la mayoría de la congregación, diciéndonos que frecuentemente estamos demasiado asentados y acomodados, y que es necesario que nos salgamos de tales rutinas y nos lancemos a nuevas aventuras. Escuchando aquel sermón, yo me preguntaba si en el mismo pasaje acerca del llamamiento de Abraham no sería más importante para aquellos refugiados escuchar la dimensión de promesa y de aliento. Dios no le dice a Abraham solamente “vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre”, sino que también le dice “haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición”. Si en verdad somos un solo cuerpo, tenemos que escuchar al mismo tiempo la voz del desafío para quienes ya estamos acomodados y asentados, y la voz de estímulo para quienes se encuentran en la condición opuesta. Escuchando lo que la Palabra nos dice a unos y otros, a unas y otras, creceremos juntamente en esa Palabra y aprenderemos a ponerla por obra también juntamente. Y nuestra

propia lectura se enriquecerá. En el caso de la iglesia que acabo de mencionar y del pasaje acerca de Abraham, quienes están asentados y cómodos y se sienten llamados a emprender una difícil peregrinación, posiblemente escucharán de quienes están ya en peregrinaje forzado la otra dimensión del pasaje, la dimensión de promesa y esperanza. Y quienes están en medio de ese peregrinaje forzado escucharán a través de la voz de los demás la advertencia de recordar que el acomodarse completamente a las circunstancias en que se vive no es jamás el propósito de la vida de fe.

Tomemos entonces otro ejemplo a un nivel más amplio. Hace unos años estaba yo en una iglesia norteamericana, en su mayoría de raza blanca, para un día de Acción de Gracias. El pastor leyó el Salmo 24: “de Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan”. Habló entonces de cómo Dios nos ha dado esta tierra, y debemos darle gracias. Pero mientras así hablaba pensaba yo en lo que dirían algunos de mis amigos de origen nativo americano. ¿Se atrevería el pastor a interpretar el salmo de esa manera si estuviera presente un buen número de hermanos y hermanas navajos y apaches? ¿No se vería en la obligación de prestarles mayor atención a los otros versículos del mismo salmo, que se refieren a quien ha jurado con engaño, recordando que buena parte de las tierras por las que daba gracias habían sido obtenidas mediante la violencia y los juramentos engañosos? Si en aquella congregación se hubiera tenido en cuenta no solamente la experiencia de quienes tomaron las tierras, sino también las de quienes las perdieron, los descendientes de cada una de esas dos tradiciones hubieran visto nuevas dimensiones en el texto bíblico.

Si crecer en la Palabra es algo que nos corresponde a todos en conjunto, como un solo cuerpo, esto se refiere no solamente a nuestra propia congregación, a nuestros amigos y amigas, a los hermanos y hermanas que conocemos, sino también a esas otras hermanas y a sus otros hermanos que viven bajo otras condiciones y que son parte del mismo cuerpo al que pertenecemos. Lo que es más – y lo digo solamente de paso porque como historiador es algo que me interesa sobremanera – crecer en la Palabra implica también aprender a leer esa Palabra de Dios en compañía de quienes la han seguido antes de nuestros días, quienes las leyeron en circunstancias muy diferentes a las nuestras, pero todavía tienen algo que enseñarnos acerca de ella.

En pocas palabras, el verdadero crecimiento en la Palabra, el crecimiento pleno que hace de todos los miembros un solo cuerpo, es un crecimiento comunitario, que incluye a todas esas otras personas, unas más ricas y poderosas que nosotros, otras oprimidas y perseguidas, algunas admiradas y otras despreciadas, unas vivas y otras muertas. Y al leer la Palabra tenemos que hacerlo en presencia de todas esas personas.

Puedo explicar esto con un ejemplo personal que he mencionado recientemente en un pequeño libro que se publicó hace unos pocos días sobre la *Oración del Señor*. Allí cuento de cómo un día, orando en privado en la capilla del seminario donde estudiaba, al decir “Padre nuestro”, me pregunté quiénes eran ese nosotros y nosotras en cuyo nombre oraba. Puesto que yo estaba solo en aquella capilla, ¿por qué no decir “Padre mío”? De inmediato pensé que

orando así y diciendo “Padre nuestro” oraba no solo por mí, sino también por toda la comunidad del seminario en que estudiaba, y por la iglesia en que me congregaba. Pero luego esa visión se fue ampliando, y llegué a entender un elemento fundamental en el mensaje bíblico y en la fe de la iglesia cristiana antigua: que el pueblo de Dios es un pueblo sacerdotal. La iglesia, no solo los miembros individuales, sino la iglesia como un cuerpo, es sacerdote ante Dios. Su función es orar unos por otros, pero también orar por quienes no oran; y hasta orar por esta creación asediada por la ambición humana y en necesidad de redención. Porque, como diría Pablo “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”.

Pero ¡cuidado! Aunque la Palabra de Dios tiene que ser escuchada en el contexto de todo este amplio y multiforme cuerpo que es la iglesia de Jesucristo, tiene que ser puesta por obra en las condiciones concretas de la vida cotidiana. Es muy fácil hablar acerca de lo que la Biblia dice en términos generales. Pero lo primero que la Biblia nos dice es que lo que escuchamos en ella tenemos que ponerlo en práctica dónde estamos. Luego, la pregunta que hemos de hacernos en el estudio bíblico no es solamente cómo se enriquece un pasaje leyéndolo desde otras perspectivas, sino también, a la luz de toda esa amplitud del pasaje y de su significado, lo que el pasaje mismo nos dice a nosotros y a nosotras hoy donde estamos. A manera de ejemplo, podemos decir que la lectura de las Escrituras escuchando al mismo tiempo las voces de todas las personas oprimidas alrededor del mundo y en todas las edades debería ayudarnos a entender mejor la justicia tal como la Biblia la entiende. Pero al mismo tiempo tiene que llevarnos a ver lo que es la justicia acá en nuestro propio patio, respecto no ya a Israel exiliado

en Babilonia, o a las minorías oprimidas en Norteamérica y en Europa sino ahora respecto a la población dominicana aquí mismo en medio nuestro. La obediencia que Dios demanda de nosotros hoy no consiste primeramente en lamentarnos por los abusos que existen alrededor del mundo, sino que consiste más bien en corregir cualquier abuso que haya en torno nuestro, en la sociedad en que vivimos, en nuestras familias y en la iglesia misma.

Todo esto queda implicado en la frase misma “crezcamos en la Palabra”. Crecer en la Palabra no es solamente entender más de la Biblia, sino que es también y sobre todo entender y experimentar la realidad inexpressable de que todo cuanto está a nuestro derredor es hechura de la Palabra, y aprender a ver toda esa creación en derredor nuestro a través de lo que Dios nos dice en su Palabra encarnada y en su Palabra escrita.

Esto nos lleva por fin a otra dimensión de esto de “crecer en la Palabra”. Dentro de esa frase, tomemos literalmente la palabra “*en*”. Si decimos que el maíz crece en la tierra, estamos diciendo que la tierra es el medio ambiente en que el maíz crece, y sin el cual no puede crecer. Lo que es más, sabemos que el carácter de la tierra en que se siembra el grano de maíz afecta a la planta toda y su producto. Cuando decimos que el maíz crece en la tierra, no se trata de que el maíz sepa más acerca de la tierra, sino que se trata más bien de que el grano sembrado crece porque se nutre de la tierra, y esa tierra le da forma. Por eso no decimos que alguien “crece en geometría”, sino más bien que “aprende más geometría”. La geometría que estudia, aunque afecte su vida en algún modo, no cumple en esa persona la misma función que la tierra cumple

en el maíz. De igual manera, cuando hablamos de crecer *en* la Palabra no estamos diciendo solamente que tenemos que conocer mejor la Biblia. Eso es cierto, y se da por sentado. Pero con eso no basta. Creer en la Palabra es arraigarnos de tal manera en ella, hacer de ella de tal manera el ambiente en que nos formamos, que nuestro crecimiento sea acorde con la Palabra.

Otro modo de decir lo mismo de manera más breve es decir que Dios no nos ha dado la Biblia primeramente para nuestra información, sino más bien para nuestra formación. Naturalmente, la información bíblica es esencial. La Biblia no puede formarnos si no la conocemos. Pero crecer en la Palabra no es saberse de memoria los nombres de los Reyes de Israel, ni los años que vivió Matusalén, ni siquiera saberse de memoria el versículo en Gálatas 5.22 en el que Pablo habla del fruto del Espíritu. Bien puedo saber que “el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”; pero por mucho que sepa acerca del amor, tengo que decir como Pablo que si “no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe”. Y lo mismo respecto a cada una de esas otras dimensiones del fruto del Espíritu. Saber que el fruto del Espíritu es “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” puede sernos muy útil para medir y dirigir nuestro crecimiento en la Palabra. Pero el solo hecho de conocer la Palabra no es lo mismo que crecer en ella.

Repito entonces lo que acabo de decir hace un momento: Dios nos ha dado su Palabra no tanto para informarnos como para formarnos. Y esto vuelve a lo que decíamos al principio, acerca de cómo la Palabra de Dios, mucho más que comunicación, es también acción creadora de Dios. El

Dios que dijo “sea” y fue, el Dios cuya Palabra no volverá a él vacía, es también el Dios cuya Palabra hoy no solamente nos informa, sino que sobre todo nos forma.

Crezcamos entonces en la Palabra de manera semejante a como el grano de maíz crece en la tierra. Echemos profundas raíces en ella. Al llegar el vendaval, así como las raíces sostienen a la planta de maíz, así también nuestras raíces en la Palabra no sostendrán a nosotros y nosotras.

Bebamos del agua de vida que corre en la Palabra de igual modo que la planta de maíz se nutre del agua que corre en la tierra. Hagamos de esa agua de vida la sangre que corre por nuestras venas, de igual modo que la planta de maíz hace de aquella agua la savia que corre por ella.

Crezcamos, no solamente en el conocimiento de la Palabra, sino también en la Palabra misma, y el Dios que es Verbo, el Dios que es Palabra, pronunciará sobre nosotros y nosotras, y sobre esta iglesia, su poderosísimo “sea”; ¡Y, puesto que es Dios quien lo dice y lo promete, seremos!



AETH